

TESTIGOS EN LA ESCUELA

17

**EDUCAR
PARA LA
INTERIORIDAD**

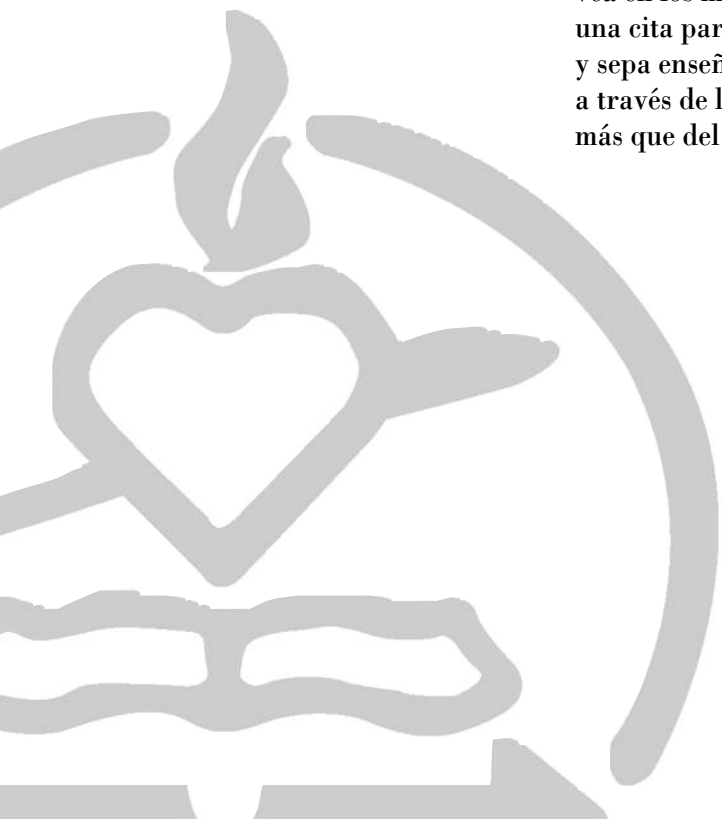
Santiago M. Insunza, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-932490-8-4****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-27.897-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Educar para la interioridad

SANTIAGO M. INSUNZA, OSA

SI hiciéramos la experiencia de salir a la calle y preguntar por el significado de la palabra *interioridad*, muchos de los entrevistados no acertarían a ofrecernos ninguna respuesta. Alguno diría que es algo relacionado con el mundo oriental, y no faltaría quien lo asociara con autismo o cualquier otra patología. Todo tiene su explicación, porque el hombre contemporáneo está volcado permanentemente hacia la exterioridad y –como advierte san Agustín– quien anda desparramado en lo exterior, le resulta difícil entrar en su interior (cf. *El orden* 2,11,30). ¿Cuántos minutos diarios destinan los hombres y mujeres de nuestro tiempo a la reflexión? ¿Qué experiencia tienen los jóvenes acerca del silencio?

Estamos, sin duda, ante una palabra poco común en el lenguaje actual. En mueblerías y establecimientos de decoración, sin embargo, encontramos el término *interiorismo*, que significa transformar la propia vivienda en un espacio acogedor, personal. Es decir, dar color y calor a ese lugar que es el escenario de nuestra vida. Literalmente, «Arte de acondicionar, ambientar y decorar los espacios interiores de la arquitectura. El término fue introducido, a principios del siglo XX, por el español A. C. Pellicer para diferenciarlo de *decoración*». ¿No merece, también, atención nuestro mundo interior? La consigna de san Agustín es clara:

«**No salgas fuera de ti; entra en ti mismo.**»

(*La verdadera religión* 39,72-73).

«**¿Dónde vas? Vuelve a tu corazón.**»

(*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 18,10).

Estamos ante el valor central de la pedagogía agustiniana. El ser humano que entra dentro de sí mismo (*La verdadera religión* 39,72-73) se separa de la vida de los sentidos (*El orden* 1,1,3) y vuelve a su corazón (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 18,10); es capaz de conocer y conocerse. La ventana de los sentidos sólo permite asomarnos hacia fuera. Podemos contemplar paisajes, conocer el mundo que nos rodea y no saber nada de nosotros mismos (*Confesiones* 10,8,15). Por eso el ser humano sin interioridad es un ser anónimo, sin identidad, sin misterio. La interioridad es el lugar de los grandes encuentros, de las grandes preguntas, de las certezas y convicciones más personales. Es *la casa de la verdad* (*El maestro* 11,38). Esta dimensión profunda de la persona es lugar privilegiado para la plena humanización y para el encuentro con Dios. «Vuelve a tu corazón y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano...» (*Sermón* 311,13-14).

EL CAMINO DE LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA Y LA EDUCACIÓN

El camino agustiniano de la interioridad se caracteriza por tres

momentos: no salir de sí mismo, volver al corazón y trascenderse.

No salgas fuera de ti es la primera consigna. Una invitación a no caer en las redes del vacío y la improvisación. Busca tiempo para estar y hablar contigo mismo. No olvides que tú eres la tarea más importante de tu vida. Acepta la vida como tu gran proyecto. No salir fuera de uno mismo, en ningún caso, supone el olvido de las realidades terrenas y el olvido de los demás.

Vuelve al corazón, entra dentro de ti mismo, no temas alojarte en tu mundo interior. Conócete, valórate. En la interioridad construimos nuestra propia vida. Es en este espacio neurálgico donde decidimos nuestro propio destino. Si queremos conocernos, pasear por nuestros sentimientos, saber a quién amamos de verdad, tenemos que mirar hacia dentro. Desde nuestro interior podemos renacer y en nuestro interior podemos envejecer, y hasta morir (cf. Mateo 15,10-20). Late aquí una afirmación fundamental: «En el interior del hombre está la verdad; es en el interior del hombre donde habita Dios como en su templo; es el interior del hombre donde Cristo, maestro interior, enseña al hombre la verdad» (*El maestro* 11,38).

«Avanza en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante. No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día en las olas del tiempo, pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; el día en la eternidad, es la eternidad, es como debes vivir. »

(Miguel de Unamuno, *Obras selectas*, Ed. Plenitud, Madrid 1965, pp. 183-189)

Trasciéndete a ti mismo. Asómbrate. La interioridad agustiniana no es sólo un método de introspección o autoconocimiento. Una interioridad sin trascendencia puede convertirse en narcisismo, misantropía y fría soledad. Trascenderse es salir al encuentro de Dios y empeñarse en la construcción de quien todavía no somos. El camino de la trascendencia es un camino de superación y de esperanza. La falta de autoestima produce un enorme desgaste personal y provoca el sufrimiento y la culpabilidad.

Siguiendo a san Agustín en su obra *El maestro*, hay que decir que el ser humano aprende por sí mismo, mirando en su propia interioridad, ayudado por el educador. Este principio pedagógico lo recoge la pedagogía contemporánea (Nassif, John Dewey...). El hecho de que el educador tenga la función de partera, hace que la docencia se convierta en alumbramiento de la verdad que cada uno descubre en su interior (*El maestro* 12,40; 14,45). Jonas Cohn escribe que «la educación es la acción de un hombre cabal sobre un hombre total» (*Pedagogía fundamental*, Madrid, Revista de Pedagogía, 1933, pp. 228). Y Mounier se pregunta: «¿Cuál es la meta de la educación? No hacer sino despertar personas. Por definición, una persona se suscita por una llamada; no se fabrica por domesticación» (*Obras completas* III, Ed. Sígueme, Salamanca 1988, p. 544). El ser humano alcanza su madurez cuando dialoga consigo mismo y se formula, en el claustro de su intimidad, la pregunta por el sentido de su existencia.

La primera necesidad humana es ser uno mismo, sentirse persona libre con las riendas de la vida en las manos. Si se siente atrapado por el mundo exterior pasa a ser esclavo, infeliz y confiesa, con León Felipe:

*Yo no soy nadie.
Un hombre con un grito de estopa
en la garganta
y una gota de asfalto en la retina.
Yo no soy nadie.*

El hombre sin interioridad, anónimo, apoya su existencia y ocupa las horas en la acción desenfrenada. Acepta ser una pieza en el engranaje del trabajo. Para él la vida no es una obra artesana, sino que es *enrollarse*. Tiene miedo quedarse a solas consigo mismo porque, interiormente, es pura ausencia y se siente deshabitado. Huye, corre, consume... «*No corras, ve despacio, que a donde tienes que ir es a ti mismo*», advierte Juan Ramón Jiménez.

Cuando nos preguntamos ¿quién soy yo?, es como si nos asomáramos al brocal de nuestra interioridad y gritáramos: ¿Quién está ahí? ¿Quién me habita? No es el mundo de la psicología, sino una dimensión más profunda que nos desborda. Por eso el hombre exterior no llega a formularse estos interrogantes. Ante las cuestiones últimas se puede pasar de largo o amordazarlas por considerarles sin interés. A veces el trabajo, o eso que llamamos la realidad cotidiana, asfixia la interioridad. Porque la interioridad se alimenta del silencio y la reflexión. La agitación trepidante de la vida merma la capacidad de admiración y de interrogación. Si no somos

capaces de aislarnos del cerco de lo urgente, es probable que olvidemos lo importante.

En la sociedad contemporánea, estar ocupados ha pasado a ser una obligación. La palabra paro es una palabra maldita. Tener el día y la agenda llenos parece un honor. Hasta se dice que es una persona comprometida aquella que no tiene tiempo para nada. Compromiso, entonces, equivale a actividad externa, que, frecuentemente, hasta se identifica con movilidad física.

Tal como san Agustín describe su itinerario en el largo camino hacia sí mismo, la trayectoria vital tiene dos vertientes: la primera es de descarrío, de fuga, de desencanto. Un subir y bajar como en las atracciones de las ferias, para volver siempre al mismo lugar. Es lo que podríamos llamar vida inauténtica y de alineación. «Yo, por mi parte, me alejé de ti y anduve errante... y me convertí en un paraje miserable» (*Confesiones* 2,10,18). La otra vertiente es la de la autenticidad nacida del retorno, la del encuentro y la identidad.

El ser humano que contempla su vida entre las manos estruja, inevitablemente, un puñado de preguntas que nada tiene de artificial. No hay que hurgar demasiado para encontrarse con la

incógnita del vivir. Preguntas alojadas en las galerías subterráneas de la interioridad que, en ocasiones, sirven de argumento a la poesía o la canción. Afloran cuando se experimenta la necesidad de drenar el alma y, las más de las veces, quedan flotando como el SOS de quien grita buscando una mano amiga. ¡Hay tantas experiencias inenarrables, tantos espacios llenos de interrogantes, tantas cuestiones ajenas al discurso formal!

*Vivo preguntando
quién seré*

pero mi espejo no me ve.

*Yo no soy capaz de crear la vida,
yo que sigo el rumbo como un suicida,
yo que no seré nunca dios.*

*Viviré como un muñeco programado,
viviré fotocopiándome el pasado,
viviré, aunque yo no pedí vivir viviré,
como una canción de amor que nadie
cantará.*

Viviré.

Por qué, por qué, por qué.

*Porque no tengo más remedio;
la vida es una huida;
encadenada viviré en esta vida.*

(Andrea Bocelli)

San Agustín nos propondría hoy, como tarea pedagógica, el ayudar a los alumnos a ser ellos mismos, a aceptar la trama misteriosa y paradójica que configura la existencia humana: «Dios no te dice: Tienes que ser menos de lo que eres,

sino conoce lo que eres. Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce que Él es quien justifica, conócete manchado» (*Sermón 17,4*).

Y también nos diría: sé amigo de ti mismo. El fantasma del egoísmo y del narcisismo ha ahuyentado el sano amor a uno mismo.

CONÓCETE, ACÉPTATE, SUPÉRATE

Tres pasos sugeridos por san Agustín que son necesarios en el proceso de maduración y crecimiento humanos.

Conócete a ti mismo podía leerse en el frontis del Partenón. San Agustín dirá, con gran fuerza plástica: «Un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas» (*Comentarios a los Salmos 80,14*). El conocimiento de uno mismo pasa, necesariamente, por una profunda y realista identificación con esa trama misteriosa y paradójica que configura la existencia humana. «¡Oh si los hombres conociesen lo que son: hombres!» (*Confesiones 9,13,34*). Cuando san Agustín dice que la verdad reside en el hombre interior (cf. *La verdadera religión 39,72*), se refiere a la verdad de Dios y a la verdad de nuestra vida. «Conocerse a sí mismo no es otra

cosa que escuchar lo que Dios dice de nosotros» (*Confesiones* 10,3,3). Este escuchar a Dios supone una cierta pedagogía del silencio, una mirada atenta sobre sí mismo, que hace crecer los interrogantes. Rainer Maria Rilke escribe en una carta a Franz X. Kappus: «*Sólo hay una cosa necesaria: soledad, gran soledad interior. Hay que entrar dentro de uno mismo y no encontrarse con nadie durante horas, esto es lo que hay que alcanzar. Ser solitario como un niño que está al lado de los adultos, pero que no entiende lo que éstos hacen ni dicen, ni por qué van tan acelerados*» (*Cartas*, Ed. Júcar, Barcelona 1987, p. 46).

Esta soledad interior, lejos de significar aislamiento, es punto de encuentro y comunicación con uno mismo, con los demás y con Dios. Así lo expresa Miguel de Unamuno: «*Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos, y, al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos*» (*Soledad*, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1962, p. 32). Mientras uno no se conozca a sí mismo, no podrá amar a los demás (cf. *Carta* 130,4) y

tampoco aproximarse a Dios. «Si tú estás lejos de ti mismo, ¿por dónde podrás acercarte a Dios?» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 23,10), advierte san Agustín

«No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué existo, y, sin embargo, no logro saberlo, lo que es lo mismo que no vivir.»

(León Tolstói, *Ana Karenina*, VIII, 9)

El hombre necesita saber quién es, encontrarse, sentirse a sí mismo. La desilusión, la desesperanza y la inhibición son otras formas de evasión para disimular un vacío insoportable. No existe realidad más honda y más fascinante para el hombre que su propia realidad humana. Estoy delante de mí mismo y tengo que buscarme; sólo así descubro mi verdad y puedo conocerme. Muchos seres humanos se desconocen a sí mismos: «Víctima del descuido o de la improvisación, presume unas veces de sus carencias y desespera de sus posibilidades» (*Comentarios a los Salmos* 55,2). Y en las *Confesiones* escribe: «Se desplaza la gente para admirar los picachos de las

montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos...» (10,8,15).

No es suficiente *conocerse*, hay que *aceptarse*. Es decir, reconocer como propia la fotografía de mi cuerpo y la historia que descubro bajo mi piel. Dos grandes demonios de la vida humana son adorarnos u odiarnos. Adorarse es una tentación que pisa los talones a los hombres públicos. Se pasan la vida subidos a tarimas y pedestales, y terminan por olvidar su estatura verdadera.

Peor es odiarse a sí mismo, que es una forma sutil de soberbia. Hay quienes no se aceptan y en ese necesario ejercicio del perdón se autoexcluyen. Comprensivos con los demás, inmisericordes con ellos mismos. Aunque se piense lo contrario, no es fácil aceptarse uno como es, amarse con mansedumbre o, como Arthur Miller pone en labios de uno de sus personajes, «acabar por tomar la propia vida en brazos y besarla».

San Agustín advierte: «Acepta tu imperfección. Es el primer paso para lograr tu perfección» (*Sermón* 142,10). Siempre somos un borrador; nada definitivo y cerrado. Hay perfeccionistas que entran de vez en cuando en estados depresivos

porque su imagen se ve empañada por algún error. Toleran las equivocaciones ajenas, pero nunca las propias.

Tampoco hay que descansar plácidamente sobre lo que somos. Cuando san Agustín dice *no salgas fuera de ti mismo*, invita a *superarse*. Lo más grave de un fracaso es que deje abierta en nosotros la herida de la desesperanza. Un problema se agranda cuando su onda expansiva hace crecer el miedo, la inseguridad, la desconfianza. La expresión «*Yo soy así...; ¿qué quieres que haga?*», encubre comodidad razonada, confesión de impotencia, pasividad estéril. «Nada está perdido mientras haya ilusión por encontrarlo» (*La música* 6,23), «mientras haya ganas de luchar, hay esperanzas de vencer» (*Sermón* 154,8) y «procura progresar siempre, no importa la edad en que te encuentres» (*El orden* 2,8,25) son consignas agustinianas de una gran oportunidad en el ámbito de la educación. Los jóvenes viven hoy un cansancio precoz y se instalan, fácilmente, en el conformismo y la apatía. La falta de aceptación propia lleva a la amargura, la falta de superación a la mediocridad. Contrasta la atención por lograr una forma física que permita alcanzar metas deportivas, con la falta de pasión por mantener una cierta

musculatura espiritual ante los contratiempos cotidianos. «Vosotros los jóvenes, considerad siempre que sois jóvenes; luchad para vencer, venced para ser coronados, sed humildes para no ser vencidos en la lucha» (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan 2,7*).

La persona es misterio, y esto significa, etimológicamente hablando, que es algo oculto, escondido. Decir que la persona es misterio es tanto como afirmar que es mucho más que su presencia física. Es misterio por su recinto interior, por esa dimensión más personal que pertenece a su intimidad. El ser humano tiene memoria de sí mismo, cuenta con una colección de recuerdos, de imágenes y de nombres que configuran ese espacio secreto e indescriptible propio. Precisamente porque se asoma al mundo exterior y comienza a indagar el significado de las cosas que ve y los acontecimientos que contempla, se percata de que él mismo es un misterio, y surge la pregunta por el sentido. Surge así el doble ejercicio de ahondar en la propia intimidad y del asombro.

«He aquí al mundo ante ti, joven, ¿y qué le falta para que tú comprendas? Simplemente, falta que te admires. Para hacer el mundo más maravilloso,

más habitable, sólo falta transformar los ojos que lo contemplan. No es el universo el que se esconde, ahí está: siempre ahí; silencioso, mudo, no es el universo el que se escapa y se desnuda: es a ti a quien se le escapa el universo.»

(Jean GUITTON, *Nuevo arte de pensar*, Ed. Encuentro, Madrid 2000, p. 38)

La biología, la anatomía y la experiencia van orientando al niño y al joven para que conozca su cuerpo y el funcionamiento de su organismo. ¿Quién va a ayudarle a descubrir que es un ser único, irrepetible, radicalmente diferente? Esa unicidad le viene de tener un mundo interior que es su DNA más intransferible. Cada vida humana es una historia única, con un argumento también único y unas preguntas que nos acompañan siempre. La más importante, sin duda, ¿qué sentido tiene mi existencia, el trabajo que me ocupa? ¿Hacia dónde voy? ¿Cuál es y dónde me encuentro en mi itinerario personal?

En el intento de buscar traducción pedagógica a la interioridad, podemos decir que conceptos como persona, autoconciencia, libertad, sentimientos... carecerían de

significado si no los sustentara la interioridad. Hasta el punto que la más importante de las intuiciones es la del conocimiento interior, porque en él se revelan dos realidades básicas constitutivas de la persona: el yo y la libertad.

PARA EL DIÁLOGO

- **¿Cómo ayudar a nuestros alumnos a conocerse, aceptarse y amarse?**
- **¿Cómo podemos desarrollar, en los alumnos, la capacidad de silencio, de reflexión, de asombro y contemplación? (Señalar acciones y estrategias concretas en la organización de la vida escolar, el aula, en las relaciones personales, en las celebraciones religiosas...).**
- **¿De qué modo la interioridad es camino para el encuentro con uno mismo, con los demás y con Dios?**

INTERIORIDAD Y EDUCACIÓN

Sin interioridad todo es inercia, rutina, actividad descontrolada, carrera infinita que no lleva a ninguna parte. La interioridad, por el contrario, es centro de control, zona de silencio creador, fuente de inspiración, ventana abierta al asombro, espacio de personalización, lugar de cita con Dios. El camino de

acceso a la verdad traspasa estas capas profundas de la personalidad. Si nos movemos en la superficialidad del mundo exterior, sólo podemos percibir la fachada de las personas y de las cosas. El espectáculo es más pobre y más incompleto porque las entrañas de la realidad se escapan a los sentidos.

La percepción valorativa de uno mismo es diferente si se hace desde la superficialidad o desde la interioridad. Una imagen verdadera siempre ofrecerá aptitudes, destrezas, valores... y el contrapunto de algunas sombras. Cuanto más positiva es nuestra autoestima, más preparados estamos para afrontar dificultades y superar conflictos.

Quien se estima suficientemente, posee —en mayor o menor grado— algunas características:

- *La valoración propia como persona*, independientemente de lo que pueda hacer o tener.
- *La aceptación tolerante de las propias limitaciones* que supone el reconocimiento sereno de las zonas oscuras de la personalidad, las aristas del carácter, la falta de algunas habilidades concretas.
- *La actitud comprensiva y cariñosa hacia sí mismo*, que significa estar en paz con los

sentimientos y pensamientos propios.

- *La atención a las necesidades, tanto físicas como psíquicas, intelectuales o espirituales.*

Porque me amo, cuido mi salud, mi cuerpo, mi libertad, mi cultura, mi relación con Dios, con los demás y con la naturaleza, preparo mi futuro... Por aquí puede encaminarse la motivación para el estudio y la prevención de todas las dependencias que roban la libertad personal.

Mientras que la exterioridad conduce a la vida sin memoria y sin proyecto, la interioridad es pasión por la vida, compromiso con una historia singular, experiencia de libertad. Aunque me vea acosado por los gigantes de la publicidad y el ambiente, en el nivel más hondo y personal me descubro libre, único, responsable de mí mismo.

Además, la interioridad agustiniana es, en expresión del profesor Ramiro Flórez, una *interioridad transcendida*.

«Resulta que tenemos un habitador interior que es la verdad. Pero continúa Agustín explicando su proceso. Si encuentras que es mudable

tu naturaleza, transciéndete a ti mismo. Una idea que Agustín también expone en el Comentario al Evangelio de San Juan: Regresa, primero, a tu corazón, tú que andas desterrado y errante. ¡Vuélvete! ¿Adónde? Al Señor. Él está a la espera (18,10). Es un paso más en el proceso. Vete más allá de ti mismo.»

(Ramiro FLÓREZ, «La interioridad transcendida», en *Valores agustinianos pensando en la educación*, Publicaciones FAE, n.º 3, Madrid 1994, p. 105)

La *interioridad transcendida* no es una vía para hablar de Dios sin nombrarle. El conocimiento propio me permite trazar unos límites, ¿Qué encuentro más allá de mí mismo? ¿Qué o quién me incita a la búsqueda? Aquí es donde tiene lugar la cita con la verdad, con Dios. Resulta que Dios *es más íntimo que mi propia intimidad* (cf. *Confesiones* 3,6,11). Ir a Dios por este camino no es alienación, sino encuentro.

Tampoco podemos ignorar los riesgos de una mala entendida interioridad. Un autor habla del «*hombre ensimismado de nuestros días, cofrade animoso de una cultura narcisista que le invita a emprender una venturosa*

*singladura en la que el Yo sea, al mismo tiempo, barco y puerto» (MARTÍN HOLGADO, «El centro de la burbuja», en revista *Sal Terrae*, Noviembre 1989, p. 803).*

Otro riesgo es la evasión, el turismo místico que puede llevar de emoción en emoción por los caminos de la fantasía.

EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD

No es suficiente subrayar la importancia de la interioridad como concepto clave de la antropología agustiniana o como valor educativo. Tenemos que atrevernos a diseñar una *pedagogía de la interioridad*.

El 7 de septiembre de 2001, el Papa Juan Pablo II recibió en audiencia privada a un grupo de agustinos y les confió la misión de ser *pedagogos de la interioridad*. Por extensión, podemos aplicar este original título a todos los educadores agustinianos. ¿Qué traducción práctica podemos hacer de esta misión? ¿Cómo acompañar a los alumnos en el tránsito desde la cultura superficial y la noticia fugaz a la interioridad, el asombro y el misterio? Planteado de otro modo, ¿cómo enseñar a ser y crecer desde dentro?

La interioridad tiene su aprendizaje y el aprendizaje su gradualidad. Un

primer obstáculo es la falta de silencio. Silencio interior, sobre todo, como capacidad de separarnos de los acontecimientos y las cosas, y señorío sobre nuestros pensamientos, emociones y sentimientos.

También es necesaria la ayuda del silencio exterior. En un clima despersonalizado e invadido por el ruido, es tan difícil el estudio como el pensamiento. Mucho más la creación artística y la actitud contemplativa ante la vida. Contemplar no es una extraña actividad reservada a los hombres y mujeres que viven detrás de los muros de la clausura monacal, sino que es detenerse en el camino y dejarse interpelar por las voces del mundo. Quizá sea ésta una de las razones que explican el por qué hoy no abundan entre los alumnos los poetas, los literatos... La agitación permanente y la vida que se alimenta de ruidos sólo produce, por lo general, un arte convencional y mimético.

«El silencio da miedo porque en el silencio se revela lo más íntimo de cada uno, lo más personal e intransferible de cada persona. El silencio propicia el viaje hacia la interioridad, hacia el propio mundo. Y este viaje da miedo,

porque a través de él se descubre la propia identidad, la propia personalidad. Las voces ahogan este proceso y lo detienen, pero el silencio lo promueve y hace posible (...).

El encuentro con la propia identidad preocupa porque interroga y desafía. Cuando uno vive la experiencia silente, se encuentra totalmente desnudo consigo mismo, más allá de todas las cosas y de todas las máscaras. Entonces el yo aflora con naturalidad, con espontaneidad, y, de este modo, interpela, pregunta, provoca y plantea retos.»

(Francisc TORRALBA ROSSELLÓ, *El silencio: un reto educativo*, Ed. PPC, Madrid 2002, pp. 38-39)

En estas reflexiones acerca del silencio es oportuno subrayar la necesidad del distanciamiento mental de los problemas. Es más difícil el distanciamiento mental que el físico. De un lugar podemos alejarnos tomando el primer autobús, pero es más costoso distanciarse de nuestros sentimientos, nuestros deseos o nuestros recuerdos. Por eso, cuando la afectividad está en ebullición y el mundo de los deseos es casi ilimitado, la concentración es, para

muchos jóvenes, una cima inalcanzable. En todo momento tiene validez la recomendación de san Agustín: «Bucea en tu intimidad y trata de encontrar ese dulce rincón escondido del alma donde puedas verte libre de ruidos y argumentos» (*Sermón 52,19,21*).

PARA EL DIÁLOGO

- Los alumnos, ¿tienen a su lado personas que cultivan la interioridad?
- ¿Dejamos entrever un mundo interior rico?
- ¿Somos, de algún modo, «testigos de la interioridad»?

La imagen que ofrecemos coincide, de ordinario, con la de unos hombres y mujeres que se mueven deprisa de un lugar a otro y llevan kilos de exámenes y de libros bajo el brazo. Como los temarios siempre son desmedidos, todos los minutos los roba el programa. Sin pretenderlo, la clase participa del ritmo trepidante de la calle.

¿Cómo se puede transparentar que somos hombres y mujeres que valoran la interioridad? No hay preguntas difíciles, sino respuestas. Mucho más cuando nuestro interrogante se refiere al modo de

reflejar nuestro mundo más íntimo. Como, en este caso, el lenguaje verbal se muestra débil y pobre, sólo se pueden apuntar algunas pistas de acceso.

- *La interioridad no es patrimonio de la religión*, sino que nos hace personas psicológicamente y garantiza tanto nuestra libertad como nuestra confianza. Una personalidad equilibrada pasa por el conocimiento, la aceptación y la superación de las propias posibilidades. El autoconocimiento es sinónimo de realismo, la aceptación de serenidad y la superación de esperanza. En el claustro de la interioridad amasamos nuestras opciones, afirmamos nuestras convicciones, trazamos los planos de nuestra vida. La mayor o menor riqueza de este núcleo íntimo sirve de medida a nuestra confianza y nuestra seguridad. Cuando el viento sopla de cara y tenemos que hacer frente a cualquier embate, entra en juego nuestra consistencia interior. La sensación de no poder hacer pie en tierra firme, de no tener ningún amarre en momentos de oleaje, obedece a la experiencia de vacío.
 - *La interioridad lleva a un modo peculiar de ver y valorar la realidad*. En nuestra cultura de *exterioridad* nos encontramos tan
- absorbidos por el trabajo productivo, el rendimiento y el consumo, que olvidamos lo que se nos ofrece gratuitamente. El cansancio y el desgaste producidos por la actividad diaria exige el contrapunto de lo gratuito: la naturaleza, el arte, la lectura, el placer de las pequeñas aficiones...
- *En el viaje hacia la interioridad descubrimos que la respuesta a las grandes preguntas de la vida están en uno mismo*. Este descubrimiento nos sitúa en el desamparo de tener que encararse con uno mismo, sin excusas y sin máscaras. Ese tuteo íntimo puede causar temor o generar la paz del corazón.
 - *La cultura actual –dominada por tertulias, discursos e intervenciones parlamentarias– no valora el silencio*. Callar equivale a ignorancia o carencia de argumentos para defender una causa. El hecho de hablar se equipara a un signo de sabiduría o de capacidad de persuasión. Callar está mal visto. Desde la filosofía popular, sin embargo, se dice que *uno es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras*.
 - *Hay que recuperar la validez y utilidad del silencio*. Una buena batería de preguntas para nuestros alumnos sería: ¿cuántos minutos diarios dedicas a pensar en ti mismo, a hablar contigo mismo?

¿Te sientes el artífice de tu vida, o eres como el navegante que le han montado en una canoa y, sueltas las amarras, avanza por el río sin rumbo fijo? Los acontecimientos inesperados, personales, familiares, internacionales..., ¿despiertan en ti la reflexión y el silencio? ¿Qué repercusión tiene el mundo exterior en tu mundo interior? ¿Has descubierto que el silencio es un agente de comunicación que permite transmitir estados de ánimo, sentimientos, vivencias íntimas?

- *El silencio es tan importante como la comunicación.* Únicamente puede estar con otro quien sabe estar solo. Quien sabe callar, sabe comunicarse. Silencio y palabra, soledad y comunicación profunda no son antagónicos. Si no hay interioridad, el diálogo se queda en intercambio de palabras, sin ese asomarse a la intimidad del otro que posibilita la comunicación.
- *En el pensamiento de san Agustín la interioridad es, de algún modo, la casa de los valores.* En la interioridad reside la verdad, el Maestro interior, Dios. Sin interioridad, no es posible la cita

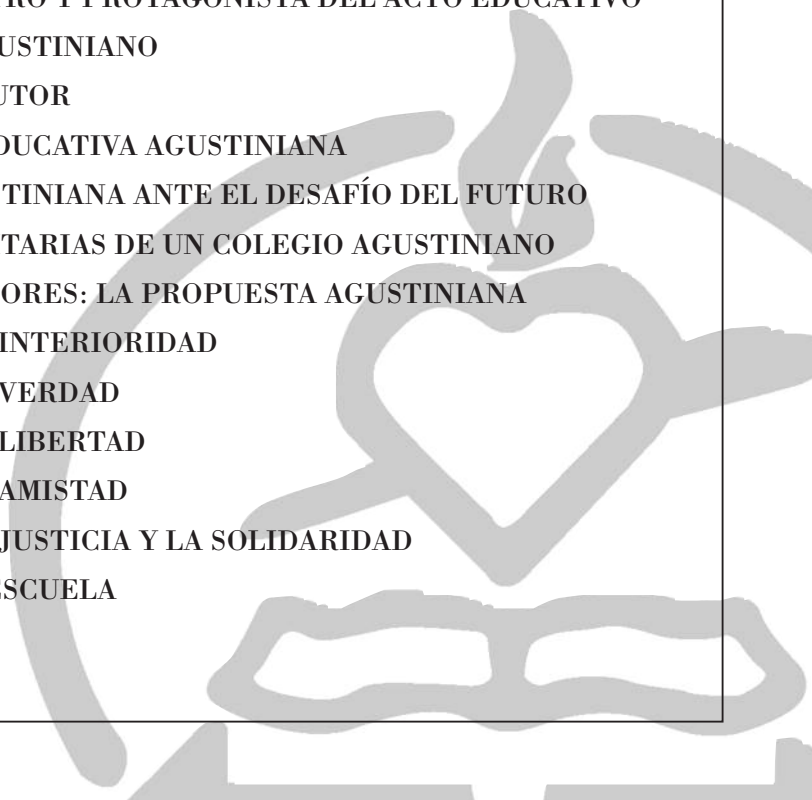
con uno mismo, porque no hay historia personal, no hay individualidad.

- *La interioridad agustiniana lleva al encuentro con Dios.* Despliega una dimensión humana tan importante como es la posibilidad del encuentro con Dios. La vida humana se va abriendo e iluminando desde dentro. Mi historia personal es una gracia, una experiencia de compañía íntima, de amor único y de aceptación incondicional que me hace ser más, me enriquece y me trasciende.

Ante la misión de ser *pedagogos de la interioridad* puede surgir un sentimiento de impotencia o, por lo menos, la desazón de verse uno desbordado. No todas las personas han bajado a las soledades de su espíritu y tampoco todas han saboreado el silencio interior. Por eso, la educación para la interioridad tropieza, inicialmente, con la falta de *pedagogos* que, con su vida, emitan y confiesen el mensaje de su propia existencia. Es una misión que presupone una madurez personal muy curtida.

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 